

EDITORIAL

MENOS PALABRERIA Y MAS AUTENTICIDAD

Estamos viviendo en nuestro país unos tiempos en los que —sin negar su interés por lo que para muchos de nosotros supone de novedad— el embrollo, la contradicción, el oportunismo y la desfachatez son las armas más usadas por gran parte —y a todos los niveles— de los que quieren jugar su carta de futuro.

O los números fallan o hay quien juega a dos cartas, porque sorprende la contradicción entre los desorbitados alardes de entusiasmo compartido de ayer, con la masiva contestación de hoy...

O estamos ante un colectivo "confiteor dei", o es que los mismos perros han cambiado de collares.

Si añadimos al confusionismo de las imágenes el confusionismo de las palabras, la célebre torre de las estampas bíblicas es un ejemplo de entendimiento y concordia con lo que se nos avecina en este dichoso país.

A la enrevesada dialéctica impuesta en su día por la tecnocracia y que lamentablemente saltó del soliloquio político a la conversación doméstica del español medio, se ha venido a sumar ahora la absurda verborrea de los infinitos partidos políticos plena de opciones, alternativas, plataformas, estancias reivindicativas, etc.. etc., cuyo real significado creemos no guarda el menor parentesco con el que le corresponde en la lengua cervantina.

Viene todo ello a cuento, porque al anuncio de un nuevo sistema de selección de los futuros dirigentes deportivos —al fin y al cabo como siempre debería haberse hecho— han sucedido toda una serie de reacciones individuales, en la misma línea de expresión verbal o escrita que comentamos y que ponen en entredicho la calidad humana e intelectual de los interesados, tanto por lo que pueda suponer de defensa de unos intereses creados o de apetencia por crearlos, como de falta de originalidad programática por la repetición de lugares comunes y tópicos de viejo uso.

El deporte, es lógico, ha de seguir mal que nos pese los avatares políticos del país y no es extraño por tanto que le afecten los mismos problemas distócicos del parto democrático que se avecina o está en curso, cualquiera sabe. Sin embargo, y para desconsuelo de oportunistas, los personajes secundarios de la trama están ya biológicamente predestinados y se hace difícil para el espectador despierto el trastrueque de papeles, aunque hay que convenir que la militancia borreguil es habitual y masiva en nuestra bien amada tierra.

Lo cierto es que la mayoría de los futuros candidatos para dirigentes del deporte en nuestro país en el próximo futuro democrático —que todos

veamos— son al igual que en otras facetas sociales. —mucho más trascendentales sin duda— viejos conocidos de un pasado aún demasiado cercano como para haberse olvidado.

Lo exacto es que gran parte de esos candidatos han hecho ya su "batallita" y la perdieron, antes o después de, con lo que el "reposo" eterno se lo han ganado a pulso.

Lo manifiesto es, que tras el propósito de la propia Delegación Nacional de Deportes de renovarse o morir, han empezado a surgir, como setas, voluntarios para rezar el responso y es que aquí, en nuestra bendita tierra —que Dios conserve pero no empeore—, con la misma facilidad y entusiasmo nos encerramos en una plaza a vociferar canciones de "amor y unidad patria", que nos despellejamos unos a los otros sobre los muros de una ciudad, o de todas las ciudades y pueblos del país, con la misma grosera dialéctica en brocha gorda de siempre.

Como por otra parte el celtibérico no es que destaque precisamente por su corrección en el lenguaje, ni por el respeto a las opiniones encontradas, el bramido insultante o el gesto descortés suele ser el punto final de cualquier diálogo, sobre todo en los tiempos actuales en que la casi desaparición de las tertulias de café y la pobreza de oportunidades en la discusión política han hecho perder el positivo entrenamiento que aquéllas entrañaban.

Por ello, no deberá extrañarnos que las próximas campañas electorales federativas —y a lo peor también en las otras— a juzgar por sus prolegómenos, sean todo un curso de mal gusto, juego subterráneo, incorrección... o de "Viva la Pepa" que todo podría ser, pues en esta repajolera tierra pasamos del drama a la comedia de costumbres con tan pasmosa facilidad que para sí quisiera el propio Frégoli.

Lamentablemente, hemos caído al escribir sobre deporte en el vaivén de la época, en un torbellino de ideas contrapuestas y ha sido inevitable el que todo ello haya contribuido a una exposición un tanto deshilvanada de criterios personales que estaban pugnando por exteriorizarse.

Entiendo que es disculpable el desconcierto, la inseguridad y el escepticismo, porque después de tantos años —años de otra parte peligrosamente manipulados por controvertidas opiniones— lo único realmente exigible para empezar a entendernos es menos palabrería y más autenticidad, en deporte y en todo.

J. G.